

LA FE

Y LAS

BUENAS OBRAS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Telléz

GUANAJUATO.

Imprenta del Colegio de Artes y Oficios,
á cargo de Francisco Rodríguez.

1881.

V4635

4

50

BV4635

F4

1050



1080015348

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONSO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

BV4635
F4

NECESIDAD DE LA FÉ PARA COMPREN-
DER AL POBRE. NECESIDAD DE
LA FÉ PARA AMAR AL POBRE. (1)

Siempre hubo pobres en el mundo; sin embargo, no siempre han sido conocidos los suaves y santos goces de la caridad; porque fuera del cristianismo, el pobre siempre ha sido para la razón humana un problema, un misterio, al mismo tiempo que un escándalo. El mundo pagano vió al pobre, y ¿qué tuvo hacia él? Nada más que desprecio y crueldad. No dar nada al pobre, habría sido tratarlo con sobrada humanidad. "Tú eres pobre, le dijo: no es bastante, tú serás esclavo, y le arrebató el único bien que le quedaba, la libertad. El mundo pagano no comprendió al pobre, y en cuanto á la caridad hasta su nombre ignoraba; así es que á medida que las sociedades se inclinan al paganismo, pierden poco á poco la verdadera noción, la noción cristiana del pobre. No viendo en él más que al hombre, olvidando que no vive solamente de pan, ellas lo alivian mal y pierden la inteligencia de la caridad. No hay que admirarse de esto. ¿Es por ventura amable el pobre á los ojos de la naturaleza? No ciertamente. Sus harapos, sus llagas, su miseria física, á la que no pocas veces se agrega la miseria moral, nada tiene que halague los sentidos; así es que para comprender al pobre, no se le debe conside-

[1] Discurso pronunciado por el R. P. Vadon de la compañía de Jesús, en la asamblea general de las Conferencias de Rhone el 19 de Julio de 1868.

038684

1050

rar bajo el punto de vista natural y humano, sino bajo el punto de vista sobrenatural y divino. Una vez colocado en su verdadera luz, en la luz viva de la fé, véamos cómo al punto se trasfigura.

Bajo este rayo de luz que viene de lo alto, este rostro que me daba horror, ahora reconozco que es el rostro de un hermano. No se lee en el Génesis que Dios haya hecho al principio dos hombres uno de oro ó de plata que fuera el padre de los grandes y de los ricos, y otro de barro que fuera el padre de los pequeños y de los pobres. Hizo uno solo de barro, por lo cual todos somos hermanos.

A este pobre lo reconozco, porque lleva el mismo nombre que yo, el nombre de cristiano; es hijo de la misma madre, la Iglesia católica; hemos nacido de la misma sangre, pues fuimos rescatados al mismo precio en el Calvario; fuimos marcados con la misma señal en el bautismo; alimentados en la misma mesa con el propio pan; saciados con el mismo vino que bajo la prensa de la pasión ha brotado de esa uva misteriosa, de ese racimo divino que colgaba del árbol de la cruz. Escuchad por la mañana á aquel pobre que en su cabaña, al pié de su lecho dice á Dios en su oración *Pater noster qui es in caelis*: Padre nuestro que estás en los cielos. Es por tanto el mismo cielo nuestra patria, el mismo Dios nuestro padre. ¡Ah! gracias, santa luz de la fé; en este pobre que tantas veces he despreciado, tú me has hecho encontrar á un hermano que no conocía.

Aprovechemos la luz que brilla, y mirando á nuestro hermano el pobre, reconoceremos bien pronto al *favorecido de Dios*.

Sonó la hora en que segun los decretos eternos, el Verbo de Dios resolvió tomar un vestido de carne y venir á habitar entre nosotros. Vedlo como quiso colocarse entre la clase de los pobres: se le llamó el *hijo del*

carpintero; unos pobres pastores fueron sus primeros cortesanos; unos pobres pescadores fueron sus primeros apóstoles; de los bienes de este mundo solo quiso un pe-sebre para nacer, una cruz para morir, y por sepultura un sepulcro prestado. Abrid su Evangelio; allí encontrareis este terrible anatema *Vae divitibus, desgraciados los ricos* pero en vano buscareis allí: *desdichados los pobres*. Al contrario, oid esta palabra extraña, jamás oída, salida de lábios que nunca se engañan: "Bienaventurados los pobres." *Beati pauperes*. El mismo Nuestro Señor Jesucristo es quien en su famoso discurso en la montaña, pone á la pobreza en el rango de las Bienaventuranzas, y precisamente la primera. Evidentemente los pobres tienen sus predilecciones. No, hermano mio pobre, tú no eres un desheredado, un maldito, un pária; no hay párias en el cristianismo. Ved á la Iglesia católica heredera de los sentimientos de su Divino Esposo: ¿no ha comprendido en todos tiempos, honrado y amado á los pobres? En nuestros tiempos, ¿no ha ido á buscar en las clases mas bajas á un mendigo y á una humilde pastora, Benito Labre y Germana Cus-sin, para exponerles en sus altares á la veneración de sus hijos? ¡Ah! Es que en el pobre hay mas que el favorecido de Dios, está la *viva imagen* de Jesucristo, está *el mismo Jesucristo*.

No os escandaliceis de esta palabra, pues el mismo Jesucristo es responsable de ella. "Lo que hagais, ha dicho, con el mas pequeño de mis hermanos, lo hareis á mí mismo." Ni un solo vaso de agua fria *calicem aquae frigidae*, dado al pobre en mi nombre se quedará sin recompensa. ¿Quereis en apoyo de las palabras milagros? Pues no tengo embarazo en presentarlos.

En un dia de invierno en la garita de la Ciudad de Amiens, á un soldado se acerca un pobre, desnudo, titiritando de frio, que le pide limosna. No teniendo cosa

alguna que darle el guerrero, saca su espada, corta en dos pedazos su capa y dá la mitad al pobre. A la noche siguiente Jesucristo se le aparece revestido con la mitad de la capa, y dirigiéndose á una multitud de ángeles que lo acompañaban les dijo: "Martin, que no es mas que catecúmeno, me ha vestido con esta capa." ¡Creéis, Señores, que S. Martin se arrepentiría de su generosidad! En cuanto á mí, yo creo que se arrepentiría de no haber dado la capa entera.

Ya lo veis, palabras y milagros comprueban que Nuestro Señor Jesucristo toma el lugar del pobre, preparando así una especie de culto á la humanidad paciente identificándose á ella.

Ah! si Miguel Angelo con la luz de su ingenio veía como preso en el trozo de mármol al ángel que iba á salir de su inspirado cincel, cuanto mas nosotros los cristianos debemos al través de esos harapos, de esa carne macerada por las privaciones, los sufrimientos, tal vez por el vicio, descubrir con el resplandor de la fé la imagen de Dios, el alma inmortal, ángel encerrado por poco tiempo en una prision de barro. Allí está el misterio. Pero á vista de este misterio, el cristiano ilustrado por la revelacion hace un acto de fé y dice: creo en el misterio del pobre: *credo*.

En la gota de agua del bautismo, yo no veo la gracia de Dios; bajo los velos groseros del pan y del vino, yo no veo en la Eucaristia el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de N. S. Jesucristo, y sin embargo yo creo; así bajo esa cubierta algunas veces repugnante, en ese Sacramento del pobre, por hablar así, no veo la imagen del Hijo de Dios, pero la fé me la muestra y yo creo, *credo*. Si, como está la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, como está la presencia mística de Jesucristo en el alma justa, hay lo que yo llamaré la presencia social de Jesucristo en el pobre. Reavi-

vemos, pues, nuestra fé y digamos: sí, yo creo en Jesucristo, presente en el pobre, como en su amigo predilecto, como en su imagen viva y fiel: *credo*.

En fin el pobre es Jesucristo paciente, y por lo mismo tanto mas digno de nuestro respeto y de nuestro amor. Es como Jesus clavado en una cruz hecha de tres ramas, con una mano extendida hácia la humildad, otra hácia la pobreza, y todo el cuerpo tendido en el sufrimiento. Decís que el pobre no acepta su cruz, que murmura, que blasfema. Aunque así sea yo le debo respeto, lo mismo que al sacerdote perverso, á quien le queda el carácter sacerdotal: así como venero al cristo de mármol ó de bronce aunque esta materia ignore lo que representa, debo respeto al pobre, aunque sea blasfemo, porque conserva el carácter y los rasgos de Jesucristo crucificado.

Decidme, Señores, si os sucede encontrar en un camino un crucifijo de madera ó de marfil oculto entre el polvo, os parais á recogerlo, lo besais con respeto y lo colocais en un lugar decoroso. Pues bien: en el camino de la vida hay un crucifijo que encontrais á menudo, crucifijo hecho no de madera ó marfil, sino de carne y hueso, crucifijo vivo, palpitante, que tiene verdadera sangre en las venas y verdaderas lágrimas en los ojos: es el pobre. Honor y amor al crucificado vivo, al pobre de Jesucristo.

II.

Hábeis comprendido, señores, que fuera de la fé no existe la verdadera noción del pobre; yo agrego: fuera de la fé no hay caridad verdadera. Hace ya diez y nueve siglos salió en el desierto, de los labios del Bautista, esta célebre palabra: "Es preciso que Jesucristo crezca y que yo disminuya." Pues ved que hoy los precurso-

res del paganismo moderno recogen esta palabra, la interpretan y dicen en su orgullo: "Es menester que el hombre crezca y que Jesucristo disminuya," y no basta que disminuya, es menester que desaparezca; que desaparezca de las leyes, de las instituciones, de la enseñanza, de las ideas, de las costumbres, en fin de la sociedad; y sabéis, señores, con que zelo ó mas bien, con que rábida ellos rompen uno á uno todos los nudos, cortan todos los lazos gloriosos que unen á Jesucristo la vida pública y la privada; sabéis con que perseverancia, digna de mejor causa arrancan el buen grano y siembran la zizaña; disminuyen la verdad y descristianizan la sociedad, so pretexto de educarla, de glorificarla y de regenerarla. Sometida, como todo lo grande y santo á este trabajo de pretendida depuración y perfeccionamiento, pero en realidad de disminución ¿qué sucede á la caridad católica? Privada de la sábia del ingerto divino del que le venia su poder y su fecundidad, esa caridad, disminuida, achicada, mutilada, decapitada, cambia á un mismo tiempo de naturaleza y de nombre, ya no es ciertamente la caridad divina, es la beneficencia humana, es la filantropía. Y así debe ser, porque quitando á un hombre su alma ¿qué queda? un cadáver. Pues bien, si quitais á la caridad católica el elemento sobrenatural y divino que es su alma y su vida ¿qué os debe quedar? la filantropía que es el cadáver de la caridad.

Pero cuando en el pobre el cristiano vé á un hermano y en este hermano á la imágen de su Dios paciente y abandonado ¿cómo quereis que no le ame? Pues amar es dar, y dar lo mejor que se tiene, el corazón. El don del corazón, es en efecto, el acto de caridad por excelencia, y cuando se ha dado el corazón á alguno, cuesta poco darle sus servicios, su tiempo, su dinero: y es penoso no verle.

Así, pues, si se ama al pobre es uno feliz en visitarle, en hablarle, en escucharle. Y si como Jesus en la Cruz,

dice en sus padecimientos *sitio*, tengo sed de gracia, mientras otros muchos llevan á sus labios ardientes la hiel de su indiferencia y su desprecio, vosotros, señores; amigos del pobre, con la limosna material destinada á refrescar sus labios, dadle también la limosna espiritual.

Su alma tiene sed de verdad, pues dadle los pensamientos, los consuelos, las esperanzas de la fé: su corazón tiene sed de carifio, tened siempre para ofrecerle una sonrisa amable, una buena palabra, un consejo amistoso, una lágrima de compasión; pero principalmente indicadle en los sacramentos la fuente de agua viva que brota hasta la vida eterna.

Si, señores, amar es dar, y para el cristiano dar al pobre es un *honor*, porque es servir á Dios en sus miembros pacientes; dar al pobre es un *gozo*: ¡es tan grato dar á los que se aman! dar al pobre es *ganancia*, porque es prestar á Dios y poner su caudal á un interés alto en el banco del único rico por naturaleza: dar al pobre es como recibir un *segundo bautismo*; porque la caridad según la Sagrada Escritura, borra la muchedumbre de los pecados. Por último, y sobre esto reclamo toda vuestra atención, dar al pobre no es un consejo, es precepto, es un deber porque "lo superfluo de los ricos, dice con razón S. Agustín, es lo necesario de los pobres: y guardarlo es retener los bienes de otro."

Lo habeis visto, nacida de la fé como la flor de su vana, la noción cristiana del pobre, no tarda en dar su fruto, el dorado fruto de la caridad.

En el seno de vuestras conferencias, como en un santuario sagrado, guardad preciosamente esta flor y este fruto, es decir esta inteligencia del pobre y esta inteligencia de la caridad. Es para vosotros una herencia de familia. Así es como amaba y comprendía al pobre el pastorcito de los Pirineos cuando un día dió á uno mas pobre que él, los treinta primeros sueldos que habia ga-

nado á fuerza de economía y trabajo. ¡No es así como comprendía y amaba al pobre el pastorcito que después fué el gran San Vicente de Paul! cuando con tanto respeto y amor le llamaba "su Señor y su Amo."

Hijos de S. Vicente de Paul á ejemplo de vuestro glorioso padre, no separéis nunca el amor del hombre del amor de Dios, fundidlos al contrario en el amor de Jesucristo en cuya persona el rico y el pobre, Dios y el hombre se hallan reunidos. Amemos mas y mas á los pobres de Jesucristo. Amemos tambien, consolemos en su desgracia y saludemos al pasar al ilustre pobre del Vaticano, nuestro glorioso y muy amado Pío IX. En él la semejanza con Jesucristo crucificado es muy notable; las huellas de la corona de espinas son muy visibles en su frente; la hiel que le han dado á beber es muy amarga y pudo con justicia decir á un misionero que le pedía su retrato "Tomad este crucifijo, es mi imagen; porque yo soy el verdadero hombre de dolores."

En fin, señores, que en el porvenir como en lo pasado vuestro amor al pobre, se traduzca en sacrificios. Si, dad con fé, dad con gozo, y que por recompensa Dios os haga sentir y gustar aun desde éste mundo, cuanto "mas dichoso es dar, que recibir." *Beatus est magis dare quam accipere. Act. XX. 35.*

BV4635

F4

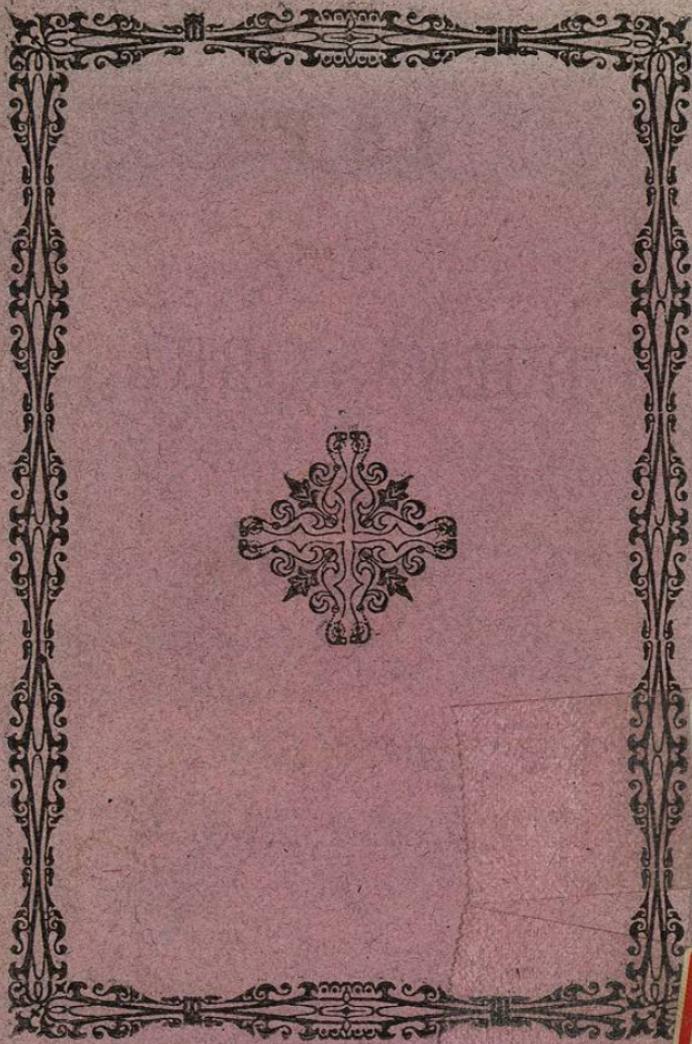
38684

FEVT

AUTOR

TITULO

La fé y las buenas obras.



E
E

0010